Søren KIERKEGAARD, *La enfermedad mortal*, Madrid: Trotta, 2008, 171 pp., 14,5 x 23, ISBN 978-84-8164-982-6.

Sydommen til Døden (la enfermedad mortal) fue escrita por Kierkegaard en 1849, como una continuación y profundización de *El concepto de la angustia*, escrita en 1844. En 1969, Demetrio Gutiérrez Rivero la tradujo al castellano directamente desde el original danés. Este texto es el que ahora reedita Trotta, con un prólogo del mismo Gutiérrez Rivero (pp. 11-22) y con una breve nota preliminar de Óscar Parcerro Oubiña (pp. 9-10). La misma editorial ha publicado ya otros *Escritos* del filósofo danés basados en la edición crítica danesa.

La enfermedad mortal está dividida en dos partes: I. La enfermedad mortal es la desesperación; II. La desesperación es el pecado. Cada una de estas partes está subdividida en libros y capítulos. Los libros de la primera parte son: la desesperación es la enfermedad mortal, la universalidad de esta enfermedad, formas de esta enfermedad. Los de la segunda parte son: la desesperación es el pecado, la progresión del pecado. Como ya se ve por estos títulos, el contexto de la obra es fuertemente religioso: en contraposición a la enfermedad de Lázaro (cfr. Jn 11,4), que no es para la muerte (es «para la gloria de Dios»), pero sí es mortal, la desesperación no es materialmente mortal, pero acaba en la muerte, en tanto que espiritualmente conduce en dirección a ésta.

El tema de fondo, expone Gutiérrez Rivero, es el del pecado. Kierkegaard profundiza en la descripción de lo que el hombre hace invirtiendo y vaciando el auténtico sentido de la existencia, es decir, pecando: «La primera parte de esta sinfonía maldita se desarrolla en *El concepto de la angustia* y en sus dos movimientos: la angustia como condición del pecado y la angustia como consecuencia del mismo.

La angustia, originariamente, en el punto cero de la existencia, era una condición neutral, ambigua. En ese punto cero igualmente se puede girar hacia la fe que hacia la desesperación, hacia una vida que se va encadenando en la “consecuencia del bien” o en la “consecuencia del mal”, por saltos cualitativos absolutamente distintos. Pero el hombre, en la encrucijada, no ha querido escoger el camino de la esperanza y en seguida empiezan a manifestarse las diversas formas de la angustia, mientras que va hundándose cada vez más en el abismo que le produce vértigo, hasta caer al fin tan bajo que ya le entran angustias del mismo bien, como si la bondad le perdiera mucho más que la nada o la propia maldad. En la segunda mitad —ésta en que ahora estamos— parece que la angustia le pasa la antorcha a la desesperación en esta olimpiada al revés, de total agotamiento sin victoria. También la antorcha es al revés, porque no hace más que intensificar la noche» (pp. 11-12).

Kierkegaard parte de la concepción del yo como una relación que se relaciona consigo misma, o dicho de otra manera, es lo que en la relación hace que ésta se relacione consigo misma. En esta definición se basaron los existencialistas alemanes para definir la existencia como autorrelación. Pero, en opinión de Gutiérrez Rivero, a partir de aquí tomaron la dirección más fácil, quedando mudos ante el problema de Dios. Y no es esto lo que hizo Kierkegaard, que considera el yo humano como una relación «derivada», «una relación que en tanto se relaciona consigo misma, está relacionándose a un otro» y tiene que «apoyarse en el Poder que la fundamenta», en el Poder que la ha puesto o creado. Y yendo más, allá, Kierkegaard no se queda en el

plano ontológico, no pierde a ese Poder-Dios entre la niebla, sino que lo hace aparecer en medio de la conciencia como blanco de la elección, al elegirnos y al llegar a ser nosotros mismos (p. 15). Explica Kierkegaard que la desesperación es una «enfermedad del yo» o en el yo, relativa a «lo eterno en el hombre»; una «enfermedad del espíritu», puesto que «el espíritu es el yo». El estar inconsciente en cuanto espíritu o ignorando que se posee un yo, «precisamente un yo eterno», constituirá la primera forma de desesperación, impropia tal, pero la más frecuente de todas. (...). La desesperación es, en último término, el pecado definitivo (pp. 12-13).

Aunque la lectura de las obras de Kierkegaard no es sencilla, y menos para los no iniciados en su pensamiento, no cabe duda de que siempre es fructífera. No en vano, sus ideas han dejado una profunda huella en el pensamiento contemporáneo. A la cuidada edición de Trotta, que tiene la valía de ofrecer una traducción a partir del texto original, se suma el interesante prólogo de Gutiérrez Rivero. Parceró Oubiña, por su parte, nos anima a ampliar el contexto de lectura de la obra, y a tener en cuenta «no las claves de lo religioso frente a lo existencialista, sino más bien ahora lo religioso frente a lo estético».

Juan Luis CABALLERO

Nikolay BERDIAEV, *El espíritu de Dostoyevski*, traducción Olga Trankova Tabatadze; prólogo Artur Mrówczyński-Van Allen, Publicaciones del Centro Internacional para el Estudio del Oriente Cristiano, Granada: Editorial Nuevo Inicio, 2008, 253 pp., 15,5 x 21,5, ISBN 978-84-936102-1-0.

«Una tranquila mañana de septiembre del año 1922, el vapor *Oberburgemeister Hanke* salía del puerto de San Petersburgo [...] en dirección a Alemania. Con el tiempo, a esa nave se la llamó el barco de los filósofos. A bordo llevaba 25 intelectuales y artistas rusos acompañados de sus familiares. Entre ellos Bulgakov, Ilin, Lapshin, Frank, Losski. También Berdiaev y, con él, *El espíritu de Dostoyevski*». Estas palabras de la presentación del libro nos sitúan en el perfil intelectual de un autor quizás poco conocido entre los lectores de habla castellana pero que ha ejercido una gran influencia en el pensamiento cristiano contemporáneo, como se advierte por ejemplo en el personalismo de Mounier o en el humanismo integral de Maritain.

Nikolai Berdiaev nació cerca de Kiev en 1874, y después de la revolución rusa huyó a Alemania, y posteriormente a Fran-

cia, donde falleció en 1948. El relato de su vida –esbozado en la cuidada introducción de esta edición– nos anuncia la vida de un filósofo apasionadamente comprometido con la verdad. Durante sus estudios universitarios conoció el idealismo alemán, entrando en contacto con los círculos de los primeros marxistas rusos. Ya en 1898 fue arrestado por participar en una revuelta estudiantil, que para muchos significó el principio real de la época revolucionaria. Es durante su detención cuando maduró su conversión filosófica a la búsqueda de la Verdad. Posteriormente, todavía bajo la época zarista, fue condenado a tres años de destierro en Siberia. Sin embargo, sus diferencias con el dogmático marxismo ruso se hacen cada vez más patentes. A lo largo de estos años, Berdiaev se distancia de forma definitiva de las ideas marxistas, y critica la revolución bolchevique, el marxismo y el